

Fernando de Trazegnies



TESTIGO PRESENCIAL

Los trabajos y los días en la búsqueda de la paz verdadera

FUNDACIÓN
M. J. Bustamante de la Fuente
Lima - Perú



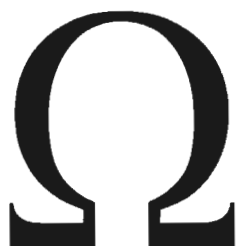
FERNANDO DE TRAZEGNIES GRANDA

Es Doctor en Derecho y Miembro de Número de la Academia Peruana de la Historia, de la Academia Peruana de la Lengua y de la Academia Peruana del Derecho, así como Miembro Correspondiente de Academias similares de España, Argentina y Chile. En el campo literario, ha publicado la novela "Atracción Apasionada" y los libros de cuentos "Imágenes rotas" y "Notas impasibles" (edición electrónica). Es autor de la traducción al español desde el francés antiguo de la novela belga del S. XVI "Historia de Gillion de Trazegnies y de Dama María, su mujer" (edición electrónica). Algunas de sus obras combinan la perspectiva literaria y la jurídica-histórica, como es el caso de "En el país de las colinas de arena" (traducida al chino) y "Ciriaco de Urtecho, litigante por amor" (traducida al esloveno). En el campo del Derecho ha publicado "La idea de Derecho en el Perú republicano del S. XIX", "La responsabilidad extracontractual", "Pensando insolentemente. Tres perspectivas académicas sobre el Derecho seguidas de otras insolencias jurídicas". Entre su gran número de ensayos destacan "Y el grito de libertad finalmente en sus costas se oyó... Estudio sobre la abolición de la esclavitud en el Perú", "La interacción entre Literatura y Derecho", "Los inventos chinos y su influencia en Occidente" (edición trilingüe) y otros.



Fernando de Trazegnies Granda

TESTIGO PRESENCIAL



Los trabajos y los días
en la búsqueda de
la paz verdadera

Lima

2013

FUNDACIÓN

Manuel J. Bustamante de la Fuente

TESTIGO PRESENCIAL

Los trabajos y los días en la búsqueda de la paz verdadera

© Fernando de Trazegnies Granda

De esta edición:

© Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente

Francisco Masías N° 370 San Isidro

Telf. (51-1) 422-5258

correo-e: fundacionbustamante@lapositiva.com.pe

Primera edición: Lima, noviembre 2013

Tiraje: 1000 ejemplares

Edición a cargo de: Ileana Vegas de Cáceres

ISBN: 978-612-45872-7-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-18104

Diseño e impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Psje. María Auxiliadora 156-164, Breña

Impreso en Perú / Printed in Perú

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas de este libro por cualquier medio sin permiso de los editores.

Dedico
este libro, en
primer lugar, al pueblo
peruano a quien en todo
momento he pretendido servir.
Lo dedico igualmente a mi esposa
Milagros, cuya fuerza interna fue para
mi siempre un apoyo constante y esencial.
Y lo dedico también a todos los que me
siguen, hijas, hijos, nietos, nietas y demás
descendientes de otras generaciones que
ciertamente ya no me conocerán, para
que sepan quién fue, como pensó
y qué hizo su progenitor por
amor al Perú.

A los que pudieran estar tentados de suponer que esta publicación nos ha sido aconsejada por una vanidad fuera de sitio, no vacilaríamos en responderles que hay quizá un poco de valentía y ciertamente una verdadera humildad, en el hecho de aceptar públicamente la pesada carga de una tan gloriosa herencia.



Jean-Etienne-Marie Portalis¹.

1 El texto corresponde al discurso de presentación del proyecto de Código Civil que hizo el jurista Portalis, con el título "*Discours préliminaire au projet de Code Civil*" (1801), que mereció constituir una suerte de prólogo al texto definitivo del Código Napoleónico al ser promulgado en 1804.

¿Quién es el que sabe colocar exactamente al lector en el lugar de la escena para ver un acontecimiento tal como sucedió? La ignorancia o la parcialidad lo disfrazan todo. Sin alterar siquiera un rasgo histórico, extendiendo o reduciendo las circunstancias que se relacionan, ¡cuántas caras distintas se le puede dar! Colocad un mismo objeto a diversos puntos de vista; apenas parecerá el mismo y, sin embargo, nada ha cambiado sino el ojo del espectador.

Jean-Jacques ROUSSEAU.



No olvides que es comedia nuestra vida
y teatro de farsa el mundo todo,
que muda el aparato por instantes
y que todos en él somos farsantes.

Francisco de Quevedo.



Marinero soy por el mar de la vida,
Y en su piélago profundo
Navego sin esperanza
De llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy una estrella
Que desde lejos descubro,
Más bella y resplandeciente
Que cuantas vio Palinuro.
Yo no sé adónde me guía,
Y así navego confuso,
El alma a mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes que me la encubren
Cuando más verla procuro.
¡Oh clara y luciente estrella
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras
Será de mi muerte el punto.

Adaptación de El Quijote, cap. LXIII



ÍNDICE

Presentación	19
Preámbulo	21
I. Ecuador: Hermanos de padre y madre	33
1. La llamada	35
2. La propuesta del Canciller	41
3. La Embajada Especial	47
4. Encuentro psicodélico en Harvard	59
5. Los orígenes históricos del problema	77
6. El intenso S. XX	93
7. El inicio del proceso de paz	117
8. Los preparativos	123
9. Mis primeras rondas	141
10. La propuesta de los Garantes	163
11. La Declaración de Brasilia	179
12. Implementación de la Declaración de Brasilia	197
13. El nuevo panorama	207
14. El trabajo en Comisiones	211
15. Las otras Comisiones	219
16. Los meses grises	227
17. Los fantasmas de la guerra	243
18. La amistad de los Presidentes	251
19. Los emisarios	257
20. Agitaciones y vacilaciones en la búsqueda de la paz	283
21. Las últimas gestiones	301
22. Ministro de Relaciones Exteriores	311
23. El Congreso de la República	321
24. Firmando la paz.....	335
25. La medida de la frontera	349
26. La paz en acción	355
II. Chile: El Cristo de la Concordia	371
1. El nuevo reto	375

2. Las secuelas inmediatas de la Guerra del Pacífico	381
3. Las primeras décadas del siglo XX	387
4. El Tratado de 1929	403
5. El inicio de mis gestiones	413
6. Kuala Lumpur	419
7. Las conversaciones	435
8. El fin de las secuelas de la Guerra del Pacífico	447
9. La frontera marítima	463
III. Navegando por los océanos de las relaciones internacionales	
en la carabela “Perú”	479
1. La Cancillería de Torre Tagle	481
2. Mis primeros viajes	501
3. La Antártida	507
4. Viajes a Cuba	525
5. La tierra de los Zares y de los Soviets	533
6. China	553
7. Japón	581
8. Difundiendo la cultura peruana y visita privada a S.S. el Papa Juan Pablo II	589
9. Otros viajes	597
10. Viajes frustrados	609
IV. Turbulencias y vientos locales de tormenta	615
1. Aproximación a la política	617
2. Las elecciones del año 2000	627
3. La reunión de la OEA en Windsor	637
4. Las relaciones con los diplomáticos extranjeros en Lima	649
5. Otra vez Ministro de Relaciones Exteriores	659
6. La Cumbre del Milenio	663
7. El comienzo del fin	671
8. Problemas profesionales a causa de la política	685
9. Primavera otoñal	689
10. El fin	703
V. Colofón	719

PRESENTACIÓN



La Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente, en cumplimiento con los fines para los que fue creada, publica, una vez más, un libro de gran interés por su contenido histórico y geopolítico. Se trata de un testimonio de primera mano de nuestro acervo nacional.

“Testigo Presencial. Los trabajos y los días en la búsqueda de la paz verdadera”, que contiene las Memorias de Fernando de Trazegnies Granda, distinguido abogado e historiador, quién como Ministro de Relaciones Exteriores y Canciller de la República, fuera artífice de dos importantes pactos que sellaron la brecha histórica que manteníamos por años sin solucionar y con ello consolidar la paz con países vecinos.

Tal es el caso, en primer lugar, luego de largas gestiones, quedaron trazados definitivamente los límites con el Ecuador que nos han llevado a consolidar nuestras relaciones con este país.

De otra parte, se encontraba pendiente con Chile definir la aplicación de los problemas relativos al muelle peruano en Arica, las instalaciones portuarias o el ferrocarril, los que han quedado solucionados y definidos después de tantos años de infructuosas negociaciones de anteriores gobiernos.

Es por todo ello, que nos complace poner en manos del público lector, estas interesantes, enriquecedoras y amenas memorias por las que agradecemos al doctor de Trazegnies, habernos permitido publicarlas.

Manuel Bustamante Olivares
Presidente

PREÁMBULO



Este libro no pretende discutir aspectos de política nacional sino solamente describir los temas de Derecho Internacional que tuve oportunidad de ver de cerca y de participar, durante los años 1997 a 2000.

Por otra parte, lo expresado en estas Memorias no es el resultado de una investigación histórica sino simplemente la presentación de un estado de ánimo, de una percepción general.

Circunscrita así la materia, todo lo que pretendo en estas páginas es proporcionar elementos para entender mejor –cada cual con la perspectiva que le parezca- la historia de un período de la vida internacional del Perú que, como todo en la vida, puede presentar muchas lecturas. Yo, obviamente, he escogido mi propia perspectiva.

A veces, uno cuando escribe se basa en una investigación documental que es el resultado de hurgar viejos archivos, de paleografiar antiguos documentos, de reconstituir datos; otras veces, se avanza restituyendo discursos olvidados en el tiempo, formulando hipótesis, aventurándose por el espacio que se encuentra entre las líneas de los textos. El presente es un trabajo más modesto: sólo quiero contar lo que vi y lo que viví durante un cierto período que fue importante para el país y también para mí.

Por otra parte, las Memorias no pueden -no deben- ser una simple lista de sucesos, fría, técnica, insulsa. Propongo a los lectores de estas páginas acompañarme a navegar por las aguas de mis experiencias internacionales; pero estas experiencias no pueden ser compartidas a través de un texto escrito con una seriedad forzada, que al lector le

hace sentir que, en vez de navegar por un mar agitado e interesante, se encuentra realizando una pesada caminata por las arenas de un aburrido desierto. Las memorias son -o deben ser- el recuento de lo vivido; y, como tales, deben comunicar algo de pasión, algo de aventura, algo de riesgo y algo de felicidad; dicho de otra manera, deben ser la puerta de ingreso hacia las intimidades de una vida real e intensamente vivida.

No pretendo tampoco hacer aquí teorías. Este no es un libro de filosofía política, ni un tratado de Derecho Internacional, ni siquiera una interpretación organizada de los hechos que constituyeron ese período. Es simplemente la declaración franca, completa y honesta de un testigo presencial de ciertos hechos internacionales ocurridos a finales de la década de los años noventa y que fueron de gran importancia para el país; aquellos procesos internacionales en los cuales participé en razón del cargo que ocupaba y de cuyo ejercicio me siento muy orgulloso porque creo que serví a mi país.

Sin duda, la Historia puede ser contada de muchas formas. En este libro, como antes se ha dicho quisiera presentar una Historia poco usual: aquella que no es sino la expresión del testimonio personal. Y, dentro de esa perspectiva, quiero poner más el acento en las emociones que en las razones, quiero contarle al curioso lector no los aspectos más técnicos de la política internacional durante ese período sino más bien mis sentimientos frente a todo ello; lo que implica dejar un poco de lado los Tratados y las conversaciones formales y utilizar más bien la anécdota como base de la narración.

Así, no voy a describir (ni a discutir) lo que dicen otros libros ni citar profusamente archivos y documentos, no trataré de reencontrar la vida detrás de la letra muerta. Voy a hablarles de lo que he visto, de lo que he vivido. Por eso, éste no es un libro académico sino un simple relato, donde encontrarán más vivencias que Historia en el sentido restringido del término, más conversaciones informales que tratados formales, donde la razón le abrirá paso al sentimiento y donde la anécdota será tanto o más importante que los grandes planteamientos.

Quiero hacer un libro con personas reales, no con meros hechos sin autor ni con secos documentos oficiales. La Historia la hacen los hombres; y es preciso referirse a ellos cuando queremos reconstruirla. Por eso, este libro no es frío y adusto; por el contrario, no teme ser intenso y apasionado. Pero su pasión no está basada en un interés personal o político cualquiera: su pasión es la verdad de lo vivido.

Así, este libro es simplemente un cuaderno de bitácora de uno de los varios derroteros que he navegado por el mar de mi vida, guiado siempre por una misma estrella que reúne, en su fuego distante, elementos tales como la incesante curiosidad, la pasión por la verdad, el amor al prójimo, el deseo de paz en el mundo para los hombres de buena voluntad; todo lo cual se resume en la fidelidad a un incesante afán de superación personal y, a través de ella, una superación de todos cuantos de una manera u otra está a nuestro alcance beneficiar; afán que constituye la esencia de nuestra condición humana y que sólo debe cesar con la muerte.

Evidentemente, quizá haya otras perspectivas posibles; es muy probable. Quizá otras personas pudieran haber percibido de forma diferente a la mía los sucesos que voy a relatar. Es natural. Pero yo narraré los hechos como los he visto, como los he sentido, los voy a contar en la forma que fueron verdad para mí; voy a dar cuenta de mis angustias y mis alegrías, mis esperanzas y mis temores, y las de aquellos que participamos en los hechos, en la forma como yo he creído percibirlos.

En realidad, aun cuando me refiero a hechos, se trata siempre de un punto de vista. Salvo en los campos formalizados y abstractos como en las matemáticas (mientras nos mantengamos en su interior sin contaminación con el mundo real), no creo en la Verdad Absoluta. Ese punto de vista que nos da una visión completa de las cosas, globalizante, irrefutable, que no puede ser objeto de duda ni de complemento, eso que los franceses llaman “contemplar el mundo desde la estrella Sirio”, no pertenece al ser humano. Es únicamente el atributo de Dios. Y pienso que solamente una vanidad desmesurada —como aquella de la rana de Esopo— o una ligereza irresponsable puede llevar a un hombre a tratar de alcanzarlo.

El hecho es siempre un punto de confluencia entre una “cosa” o situación que está ahí afuera, frente a nosotros (aunque creamos que nosotros estamos dentro de ella), a la cual no podemos llegar en forma pura, desvinculada de nuestra subjetividad, porque a cada intento tropezamos con nosotros mismos: eso que creíamos que ya era la “cosa en sí”, después de muchos ensayos y depuraciones, no es sino una nueva (o reiterada) confluencia de una mirada y un objeto que como tal se nos escapa siempre y que sólo se deja atrapar a través de una nueva mirada. Pero las miradas configuran el objeto según nuestra capacidad de ver, según el ángulo desde el que parten, según las formas como hemos aprendido a mirar y a conceptualizar lo mirado.

Los testimonios sufren además de otras debilidades para dar cuenta de la cosa o situación, que se agregan a las propias de todo conocimiento. Inevitablemente, los recuerdos se van muchas veces superponiendo, complementando o enfrentando entre sí en forma inadvertida; algunas facetas pierden su colorido con el tiempo, otras en cambio brillan más que en los momentos iniciales. Porque, tratándose del pasado, el futuro forma parte del presente en nuestra memoria. Es posible que algunos de mis recuerdos se encuentren desdibujados o incluso distorsionados, ya que tanto el paso del tiempo como la repetición intensa de un mismo cuento -aunque hasta ahora haya sido solamente verbal- cambia inconscientemente las maneras de contarlos, modifica los acentos y altera las proporciones.

Sin embargo, no se puede hacer nada mejor. Si tuviéramos que renunciar a los testimonios porque incorporan siempre la subjetividad del testigo, tendríamos que renunciar a la historia. Es por ello que, sin más escrúpulos, contaré exactamente lo que recuerdo haber vivido en esos días apasionantes y difíciles de los dos últimos años del gobierno del Presidente Fujimori. Como puede verse por lo dicho, no es la historia del Gobierno de Fujimori ni menos la historia del Perú de esa época; es mi historia dentro de esa época en relación con un tema en particular que es para mí muy importante: la paz entre los hombres y entre los pueblos. Pero esta opción personal no obedece a ningún egocentrismo ni vanidad fuera de lugar sino a que creo que mi testimonio honesto es lo único que tengo propiamente mío y que puedo entregar a mis lectores.

Debo hacer una última advertencia resumiendo lo ya dicho. Este libro debe ser tomado como mi versión personal -absolutamente honesta y sin segundas intenciones- de los sucesos narrados; pero, en tanto que personal, está siempre sujeta a mejor parecer. Dado que cada uno tiene su propio punto de vista, puede suceder que algunas personas estén en desacuerdo con el mío o lo encuentren parcializado, recortado o simplemente diferente de lo que esas personas piensan que sucedió. Aún más; puede suceder que haya personas que -a mi pesar- se encuentren incómodas u ofendidas.

A tales personas quiero decirles desde ya, parafraseando a Cervantes en el Quijote, que éste “es un relato que tiene más de lo verdadero que de lo discreto”¹. Este libro no tiene intención alguna de

1 Miguel de Cervantes Saavedra: **El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha**. Segunda Parte. Título del Capítulo LXI

ofender ni de difamar a nadie. Soy enemigo de jugar con la sensibilidad de las personas y respeto profundamente las opiniones contrarias. Todo lo que cuento es simplemente lo que vi y lo que oí, tal como yo lo vi o lo oí. Si alguna persona encuentra que no ha sido mencionada o que no se ha destacado suficientemente el papel que le correspondió en estos hechos o que los hechos fueron diferentes, respeto su opinión y desde ya le pido disculpas sea por la omisión, sea por sostener un punto de vista diferente. Pero debo ser leal con mis propias percepciones y recuerdos, contando las cosas como yo las percibí y las recuerdo. Acepto que alguien crea que las cosas no fueron como yo digo; sin embargo, de lo que no puede haber duda es de que así las viví, así las comprendí y así las recuerdo.

Es por ello que este libro no busca ser discreto sino verdadero, entendiendo la verdad como la expresión de lo que uno mismo ha percibido y vivido aunque esto no sea sino una perspectiva de las cosas. En realidad, es la verdadera forma como viví los hechos de los que doy cuenta.

Aquellos que pudieran no gustar de esta perspectiva franca que quiero ofrecer en este libro, deben tener en cuenta que no estamos frente a asuntos privados o sentimientos íntimos sino ante hechos de interés público que forman parte de la Historia del Perú. Y, por tanto, como peruano y como historiador, tengo la obligación moral de ser un testigo honesto; esto incluye dar un testimonio completo, sin ocultar nada por ninguna consideración, y decir todo lo que conozco (o creo conocer) sobre los hechos vividos. Por eso, he titulado a estas memorias “Testigo presencial”, porque esa es mi actitud como escritor. Como tal, describo lo que he visto; y como tal estoy sujeto a la posibilidad que afecta a todo testigo de que su percepción sea parcial, incompleta, sesgada, etc. Pero lo que no puede dejar de ser es honesta.

Estos hechos se encuentran probados en una buena parte con la documentación oficial y privada que existe sobre ellos. En el caso de las situaciones que no derivaron en documentos y de las conversaciones de las que se da cuenta, sólo es posible confrontar lo que aquí se cuenta con las versiones de otros testigos.

Respecto de las conversaciones sostenidas con el Presidente de la República en el Palacio de Gobierno –así como con Ministros de Estado, autoridades de las Fuerzas Armadas y otros funcionarios- sobre el tema de Ecuador, hay videos grabados por el Presidente Fujimori.

En efecto, considerando que se trataba de reuniones históricas que debían ser conservadas, el Presidente Fujimori hizo filmar muchas de estas sesiones. Estas filmaciones no fueron ocultas sino absolutamente manifiestas: el Presidente siempre anunció previamente que se iba a filmar la reunión dada su importancia histórica; y la cámara y su operador estaban perfectamente a la vista en la Sala Grau del Palacio de Gobierno donde tales reuniones tenían lugar. Quizá algún día puedan ser vistas por todos quienes tengan interés.



Confieso que no soy político. Lo fui cuando estaba en la Universidad, época en la que milité en el Partido Demócrata Cristiano. Pero renuncié al Partido cuando éste apoyó la toma de los diarios en tiempos del Presidente Velasco. Desde entonces nunca más he vuelto a pertenecer a ningún partido político ni a hacer política.

Eso no quiere decir que no me haya interesado en “la” política, como corresponde a todo buen ciudadano; pero no he querido ser “un” político.

Hay una cierta corriente de opinión que lleva a pensar que todos los ciudadanos deben estar dispuestos a hacer política, como un gesto generoso de alejamiento de las preocupaciones e intereses individuales para entregarse a las preocupaciones y a los intereses nacionales. De esta forma, ser político sería considerado en tiempos de paz tan apremiante como salir a defender el país con las armas en tiempo de guerra.

Sin embargo, este planteamiento se basa —a mi juicio— en un error: lo que hacen los no políticos no es ganar dinero para metérselo en el bolsillo, como parecen suponer algunos, sino trabajar cada uno desde su propia perspectiva en el bien del país. Aun el campesino más humilde que está labrando la tierra y obtendrá papas que colocará en el mercado, presta un servicio al país; porque esas papas cosechadas permitirán alimentar a muchas personas. Todas las artes y oficios contribuyen, si son bien orientadas, al beneficio general. ¿Podría decirse que un político le da más a su país que un famoso científico, que un filósofo, que un músico o que un poeta? ¿Podemos pensar que un político local es superior al maestro de escuela de una localidad porque el político sirve directamente a “la Patria”? Nada de eso; el maestro de escuela está

realizando una función importantísima para el desarrollo del país, que es educar a los niños para que sirvan mejor a su patria cuando sean adultos. ¿Qué político puede representar de manera tan excelente a nuestro país en el exterior como lo hace Juan Diego Florez cantando óperas o como lo hace Deysi Cori, campeona mundial de ajedrez? Por consiguiente, hay muchas maneras de servir a la Patria, distintas de la “profesión política”; y cada uno tiene el derecho de escoger la suya.

Cuando comprendí que la política no lo era todo sino apenas una pequeña parte del universo de la vida, abandoné totalmente la actividad política.

Como subtítulo para este libro, he tomado prestado el título que le diera Hesíodo a un poema griego clásico, aunque el sentido no sea exactamente el original.

En el caso de estas Memorias, los trabajos y los días significan que lo que aquí se narra requirió esfuerzo y tiempo, intenso trabajo pero también mucha paciencia, así como estar consciente de los tiempos en que se pueden dar los sucesos y respetarlos. Todos los que hicimos realidad estos hechos –peruanos, ecuatorianos y chilenos- sabíamos que nuestro objetivo era importante y valioso; pero hacía falta encontrar un punto de acuerdo. Y ello exige un acendrado trabajo de investigación, un esfuerzo de razonamiento, un culto de la tolerancia basada en la amistad tanto personal como entre los países, así como un indispensable ejercicio de imaginación, Pero además era necesario convencernos de que la paz que buscábamos era posible, que no se trataba simplemente de una utopía sino de un proyecto realizable. Y esto exige tiempo, saber hacer pausas, aprender a respetar la opinión contraria, dentro de un clima de franqueza, de amistad, de lealtad recíproca y de búsqueda común de valores que están más allá de las diferencias.

La primera parte del libro –“**Hermanos de padre y madre**”- se refiere a las negociaciones con Ecuador, en las cuales tomé parte primero como Presidente de la Delegación Peruana que conversaba con ese país sobre los temas fronterizos y después como Ministro de Relaciones Exteriores. El título de esta Sección procede de un artículo que publiqué con ese mismo rótulo en el diario “*El Comercio*” el 1º de Marzo de 1995, en el que rescataba una feliz frase del ilustre intelectual peruano Don José de la Riva Agüero, quien sostenía que los pueblos de la América Española son hermanos porque descendemos de un mismo padre español, aunque nuestras madres indias sean diferentes. Y yo

planteaba en ese artículo periodístico que, a diferencia de muchos otros países de Latinoamérica con quienes somos solamente hermanos de padre, con Ecuador tenemos el mismo padre español y la misma madre inca. Dentro de esa línea de pensamiento, convencido de la necesidad de una América Latina unida, solicitaba que las discusiones territoriales -que consideraba anacrónicas- dejaran el lugar a los cambios de ideas sobre las formas de integración latinoamericana. “No debemos olvidar”, dije varias veces, “que, en América Latina, nuestro enemigo no es el país vecino sino el subdesarrollo y la miseria. Por ello, todos los países latinoamericanos, incluidos Perú y Ecuador, deben unirse para pelear solidariamente en nombre de la humanidad en la única y verdadera gran guerra que dignifica a todos los combatientes y que hace progresar al género humano: la guerra contra la pobreza”.

La segunda parte, titulada “**El Cristo de la Concordia**”, se refiere a las obligaciones pendientes entre Perú y Chile derivadas de la Guerra del Pacífico que tuvo lugar a fines del S. XIX. En verdad, parece absurdo que ciento veinte años después, siguiéramos pensando con rencor en una guerra que debiera haber sido olvidada hace mucho tiempo. Aquí, una vez más, mi preocupación era americanista: cómo podemos pensar en una América Latina unida si seguimos especulando que Chile nos debe algo por esa guerra que tuvo lugar hace más de un siglo y manteniendo abierta esa herida que, sin duda, dificulta la posibilidad de aceptar una amistad plena mientras ella no sea curada. Y todo hacía pensar que no se curaría fácilmente. En todo caso, el hecho de que existieran todavía obligaciones pendientes derivadas de los acuerdos de paz entre los dos países, que pusieron fin a la guerra, no ayudaba para el restablecimiento de la salud.

Y esta situación creaba resistencias para muchas iniciativas a realizarse entre los dos países e incluso durante un tiempo nos ató de manos no sólo en nuestra relación a Chile sino también respecto de otros países. Durante mucho tiempo el Gobierno peruano se mostraba renuente a firmar un acuerdo económico con Chile porque, de una forma u otra, era todavía el enemigo. Y esto bloqueaba la posibilidad de firmar una serie de acuerdos similares con otros países porque Chile era el primero en la lista y la objeción contra Chile detenía a todos los demás. De manera que el viejo rencor repercutía contra nosotros mismos y recortaba nuestra capacidad de acción respecto de terceros países.

A este respecto, se había dado un paso adelante muy importante al firmarse el 1º de Julio de 1998, unos meses antes de mi nombramiento como Canciller, el Acuerdo de Complementación Económica (ACE 38), lo que descongelaba este aspecto de la relación y nos abría posibilidades de acuerdos similares con otros países que estaban a la espera. Sin embargo, aun cuando este aspecto estaba aparentemente superado, no cabía duda alguna que dejar abiertas y sin solución las secuelas de la Guerra de 1879, mantenía nuestra relación con Chile sobre una base muy inestable que podía desplomarse en cualquier momento. Por consiguiente, era preciso ir hasta el final y ejecutar plenamente el Tratado de 1929.

Una anécdota personal inspiró mi conducta como Ministro de Relaciones Exteriores frente a Chile y pienso que me marcó de tal manera que también fue un factor decisivo en mi trato con Ecuador.

En el año de 1979, mi padre, antiguo diplomático belga, se encontraba muy enfermo y prácticamente no se levantaba del lecho en el cual murió. Esto lo hacía ver televisión todo el día –en blanco y negro, todavía en esa época- para entretenerse. Una noche, llegué a casa de mis padres para visitarlo y lo encontré de muy mal humor. “¿Cómo es posible” -me dijo- “que la televisión no haga sino pasar referencias a la Guerra del Pacífico? Todo está orientado a recordar esa guerra que tuvo lugar en el siglo pasado: hay paneles académicos sobre el territorio que perdió el Perú en esa ocasión, informes sobre cómo eran los ejércitos de entonces, cortos cinematográficos sobre los heroísmos de los combatientes peruanos y sobre la astucia de Grau. Todo esto me interesa mucho y está muy bien si quieren hacer una clase ocasional de Historia. Pero, ¡sucede que lo pasan a todas horas y por todos los canales!”. “Bueno, papá”, le respondí, “debes tener paciencia. Recuerda que estamos en Gobierno militar que le da mucha importancia a esas cosas. Pero lo más importante es que éste es el año del centenario de la Guerra con Chile, por lo cual es lógico que la televisión pase muchos programas sobre el tema”. Haciendo un gran esfuerzo, se incorporó indignado en su lecho y me dijo: “Eso no te lo permito. No permito que un hijo mío hable de esta forma. No permito que a mí me digas una cosa tan absurda como el último argumento que acabas de dar. Nosotros en Europa hemos tenido guerras terribles, en las que no solamente los ejércitos sino la población entera sufría en carne propia los estragos. Te puedo asegurar que ha sido duro. Dos guerras mundiales. Sin embargo,

apenas unos años después de que todos habían estado enfrentados en la Segunda Gran Guerra, los europeos se unían para formar la Comunidad Europea. ¿Tú crees que sería considerado razonable que alguien hoy en Bélgica hablara con rencor contra Alemania o que se intentara reavivar las cenizas de un fuego que debe ser para siempre apagado lo más rápidamente posible? Y ustedes, peruanos, un siglo después siguen cultivando la animadversión contra Chile... ¡No, eso no se lo permito a mi hijo!”. Y debo decir que aprendí la lección y que, desde entonces, traté de pensar nuestras guerras pasadas como hechos muy dolorosos pero remotos que no debían condicionar nuestra capacidad actual de llegar a un entendimiento latinoamericano.

La tercera parte, “**Navegando por aguas internacionales**”, se refiere a las distintas actividades en la vida de un Canciller y, particularmente, a los viajes de visita diplomática que debe hacer para mantener las buenas relaciones con los otros países. En muchas ocasiones, esta visita es más bien protocolar porque, aunque se conversan los temas de la relación entre ambos países, en la mayor parte de los casos no son conversaciones definitivas.

Ciertamente, los países con quienes se tiene una relación más continua (y, por tanto, los viajes se hacen más frecuentes) son los de América, con motivo de reuniones anuales importantes como la de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y la del Grupo de Río. Una reunión muy especial es la Cumbre Iberoamericana porque incluye a España y a Portugal. Hay también una reunión anual con la Unión Europea denominada Cumbre Europa-América. No podemos olvidar la reunión de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC, según sus siglas en inglés) que tiene una importancia cada vez mayor en el mundo contemporáneo. Y entre una y otra de estas reuniones generales o aprovechando algunas de ellas, se realizan viajes a otros países para mantener vivos los lazos de amistad y cooperación.

No es posible describir en estas páginas todas y cada una de esas reuniones y visitas oficiales. Pero contaré en esa parte de este libro mis impresiones de algunos de estos viajes, que fueron particularmente notables; otras reuniones internacionales aparecerán en el contexto de las relaciones con Ecuador y con Chile en la primera y segunda parte del libro.

La cuarta parte, que se titula “**Vientos locales de tormenta**”, se refiere a los últimos meses del gobierno del Presidente Fujimori. Aun

cuando siempre insistí al Presidente que mi papel se limitaba al campo internacional y que no tenía ninguna vocación ni interés para estar involucrado con la política interna, no cabe duda de que pude presenciar de manera directa algunos hechos de este período complicado de la vida política del país. Dado mi alejamiento intencional de la problemática interna, no he conocido todos los detalles que hubieran sido necesarios para formarme una opinión completa sobre lo sucedido en este plano. Por eso, repito que me circunscribiré a contar, en calidad de testigo, simplemente lo que vi, en la forma como lo vi y como en ese momento lo sentí, con la más absoluta imparcialidad y desapego frente a todas las posiciones e interpretaciones que he escuchado posteriormente. Las hipótesis y las conclusiones las podrán construir y establecer los lectores; yo me limito a proporcionarles ciertos hechos percibidos desde mi propia perspectiva.

En resumen, este libro no es una obra política ni tampoco una obra académica, sino un simple relato, donde el lector encontrará más vivencias que teorías, más conversaciones fructíferas que tratados formales, donde la razón le abrirá paso al sentimiento y donde la anécdota será tanto o más importante que los grandes planteamientos.





Sección I

HERMANOS
DE PADRE
Y MADRE



E CUADOR

Capítulo 1

LA LLAMADA



Eran las once de la noche del viernes 18 de Julio de 1997, cuando sonó la llamada telefónica. Al responder, una voz desconocida me dijo que el Ministro de Relaciones Exteriores quería hablar conmigo. Unos segundos después, escuchaba del otro lado de la línea a Eduardo Ferrero Costa, flamante Canciller de la República, quien había jurado el cargo el día anterior. Aproveché para felicitarlo por su nombramiento y él inmediatamente me dijo que quería hablar conmigo y me pidió ir a su Despacho en la mañana del día siguiente.

En realidad, tenía una amistad bastante antigua con Eduardo. Quizá la primera vez que tuve contacto con él fue treinta años atrás: yo estaba ya casado con mi primera esposa y vivía en Miraflores; Eduardo era todavía un chico que vivía con sus padres en la misma calle, a dos casas de la mía. Sin embargo, en esa época la diferencia de edades era muy grande y no tuve más relación con él que la de los saludos con los hijos de las familias vecinas. Después lo encontré en la Universidad y fue alumno de mi curso. Al terminar su carrera me solicitó trabajar en mi Estudio, lo que me hubiera resultado extraordinario por su capacidad; pero esto no se llegó a concretar. Ya como profesionales, me invitó a participar como co-fundador del Centro Peruano de Estudios Internacionales (CEPEI), creado a iniciativa enteramente de él. Eduardo fue durante muchos años Presidente del Centro; y yo era miembro de la Junta Directiva. Es así como manteníamos una magnífica relación personal.

Pero ese día no tenía la menor idea de la razón por la que me llamaba. En ese entonces, yo estaba dedicado al ejercicio de la profesión de abogado y a la docencia universitaria. Incluso acababa de acordar una

asociación de mi Estudio Jurídico con el Bufete Uría & Menéndez de Madrid (España), lo que me exigiría una dedicación bastante intensa. Unos días más tarde nos mudaríamos de oficina para, ya como Estudio de Trazegnies y Uría, instalarnos en el Centro Empresarial de San Isidro. Era una aventura profesional importante y no tenía mucha capacidad de tiempo para dedicarme a nada más.

Muchas cosas cambiaban, pues, en mi vida; cada una de las cuales era un reto. De un lado, tenía pocos meses de casado –segundo matrimonio, después del lamentado fallecimiento de mi primera esposa– e incluso, a los 62 años de edad, esperaba para un mes más tarde un niño de Milagros Alvarez Calderón, mi segunda esposa. Todo esto me hizo pensar mucho la noche en que me llamó Eduardo y conversé con mi mujer sobre lo que eventualmente me propondría al día siguiente el nuevo Ministro. Y la verdad es que mirábamos cualquier propuesta con mucho recelo. Sin embargo, llegué a la conclusión de que lo más probable es que me pidiera un Informe Jurídico sobre algún punto debatible que había encontrado al hacerse cargo del Ministerio; y, en ese sentido, no tenía ningún inconveniente para colaborar con él.

A la 11 a.m. del sábado 26 de Julio de 1997, ingresaba al Palacio de Torre Tagle, sede de la Cancillería, sin pensar que a partir de ese momento iba a estar tan ligado a esta venerable casona virreinal, cuyos azulejos sevillanos habían sido testigos de tantos hechos históricos.

Yo había sido ocupante, muchos años atrás, de un ambiente en Torre Tagle, época en la que aprendí a amar la exquisitez de las líneas arquitectónicas de este Palacio, lo grato de sus ambientes, la dignidad y justa altivez que flotaba por la casona como un fantasma de otros tiempos. Dado que mi padre era diplomático belga, quiso lógicamente que su hijo también fuera diplomático; pero respetuoso del país que lo había acogido y que le había dado mujer e hijos, yo debía ser diplomático peruano. Es así como, de alguna manera forzado por la presión familiar, me presenté al concurso para el ingreso al Ministerio de Relaciones Exteriores en el año de 1957, ¡cuarenta años antes de esa mañana de sábado! Ingresé y trabajé durante dos años como amanuense, simultáneamente con mis dos últimos años de estudios de Derecho. Al principio me colocaron en la Mesa de Partes con un grupo simpático y con un jefe extraordinario: el Embajador Carlos Ortiz de Zevallos, gran señor e hijo de los antiguos propietarios del Palacio de Torre Tagle. Los nuevos ingresantes teníamos muchas ilusiones sobre nuestra futura

carrera... pero ¡qué aburrido era hacer las sumillas de esos estúpidos reportes de embajadores y cónsules sobre el partido de fútbol que había ganado un equipo peruano en Ecuador o sobre la bataclana (corista) peruana que había triunfado en una perdida discoteca de una secundaria localidad de Colombia o sobre la celebración de la fiesta del 28 de Julio en alguna capital extranjera con mucho pisco y vales criollos! Sin embargo, la atención al público nos brindaba algunas diversiones; particularmente cuando se presentaba una señora de edad madura, apellidada Sarria, que paseaba por el centro de Lima su desvarío de creerse Anastasia, la hija del último Zar, visitando oficina tras oficina. A Relaciones Exteriores siempre venía con alguna solicitud –autorizada por algún abogaducho que le sacaba a la pobre mujer enferma algunos soles por su firma– con el objeto de obtener la repatriación a su favor de fondos de la aristocracia zarista depositados en los bancos suizos o para pedir que se le otorgue pasaporte diplomático como princesa rusa en el exilio. Es posible que fuera el abogado que la atendía a quien se le ocurrían nuevos pedidos absurdos a fin de continuar viviendo a costa del delirio de su cliente. Supe por mi padre que también se presentaba en diferentes embajadas para solicitar el apoyo de un país o de otro en su pretensión al trono de los Zares, “en vista de que su padre, el Zar, y sus hermanos mayores habían sido asesinados”. Un día su aparición fue espectacular. Se colocó en la puerta de entrada de la Mesa de Partes del Ministerio de Relaciones Exteriores y, antes de bajar los peldaños que llevaban al mostrador de atención, gritó con voz de trueno para que todos la oyéramos: “¡Vengo a reclamar formalmente los cuerpos de mis primos, los Condes Orlov!”. Al parecer había habido un accidente automovilístico en Chosica donde habían muerto dos jóvenes apellidados Olmos y la noticia había aparecido en todos los diarios. La “Princesa Anastasia” sostenía que Olmos era un pseudónimo adoptado por estos aristócratas para escapar de la KGB, pero que en realidad eran los Orlov, sobrinos del Zar, que lamentablemente habían sido descubiertos y asesinados por los agentes soviéticos en el Perú.

En ese entonces todo el Ministerio funcionaba en la Casa Aspíllaga, vecina a Torre Tagle (hoy el Centro Cultural Inca Garcilaso de la Vega, del Ministerio de Relaciones Exteriores), porque el Palacio estaba en muy mal estado de conservación. Afortunadamente, el Ministerio había conseguido una donación del Gobierno español para restaurar la casona y se trabajaba muy intensamente en ello. Cuando algunas partes de

Torre Tagle se hicieron habitables, enviaban a ellas a las oficinas que menos gozaban del favor de la Cancillería: ir a trabajar en ese Torre Tagle todavía en construcción era como ser enviado a Siberia. Después de la Mesa de Partes, a mí me nombraron a la nueva Oficina de Estudios Económicos, donde el trabajo era más interesante. Pero tengo la impresión de que la reciente creación de esta Oficina era un favor político o personal, porque nadie le daba importancia. El Jefe no era de carrera sino que había sido contratado como especialista. Raúl Deustua no tenía mayores nociones de Economía, pero era un hombre inteligente, culto, estupendo conversador, con una personalidad avasalladora. Nos reunía a los dos o tres miembros de la Oficina y nos contaba largas historias —siempre pensé que debió haber sido novelista, porque ésta era su verdadera vocación— sobre los aventurados y truculentos romances que había tenido él mismo por los lugares más raros del mundo. Saigón, Nueva York o Caracas, no eran otra cosa que el escenario de sus proezas de seductor. Evidentemente, todos estábamos seguros de que la mayor parte de los cuentos no eran sino eso: cuentos. Pero estaban bien contados, con el aplomo y la capacidad de persuasión que puede impactar a los jóvenes de 20 años el hecho de hablar con alguien que ya frisaba los cuarenta años bien vividos. Los amanuenses estábamos fascinados.

Recuerdo todavía bastante vivamente la Cancillería de entonces. El Ministro era Raúl Porras Barrenechea, quien había sido mi profesor de Historia en la Universidad y era pariente y amigo de infancia de mi madre; pero en la Cancillería, al menos con seguridad para los amanuenses pero creo que para todos quienes trabajaban en ella, era un personaje mítico, legendario, a quien los jóvenes no veíamos nunca, pero lo adivinábamos sentado en un inmenso escritorio, en medio de una gran solemnidad. Al Secretario General, el Embajador Javier Delgado Irigoyen, lo conocí muy poco; creo que he hablado sólo una o dos veces con él. Pero tenía la fama de gozar del poder absoluto del Ministerio y era un hombre temido (dentro de la estructura de la Cancillería, el Secretario General es siempre la persona más impresionante para el miembro del Servicio, porque es el que tiene todo el control administrativo).

Y luego, ¡había tanta gente que, simpática o antipáticamente, tenía relación con los jóvenes que recién ingresábamos! El Embajador Ponce Sobrevilla era el Jefe de Personal y aparentemente no vivía en este mundo, dado lo difícil que era acceder a él. Se le veía entrar y salir por el

patio de la Casa Aspíllaga, siempre a sus horas, siempre atildado, siempre impertérrito y con cara de pocos amigos para que nadie se le acercara a pedirle favores. En la oficina vecina a la mía, cuando ya había pasado a Torre Tagle, estaba la Dirección de Economía, a cargo del Embajador Vicente Cerro Cebrián, persona siempre malhumorada, siempre hosca y aparentemente apurada, pero que, cuando uno lo trataba más, veía que era un cálido sentimental con vocación de incomprendido. ¿Cómo no recordar a Georgette Thomas? Joven funcionaria de gran personalidad, mayor que nosotros pero no mucho más, ciertamente con más horas de vuelo en la Cancillería, que se paseaba de Dirección en Dirección hablando con los más jóvenes, alentándolos en su vocación diplomática, compartiendo su alegría natural y su entusiasmo por la vida y por la carrera.

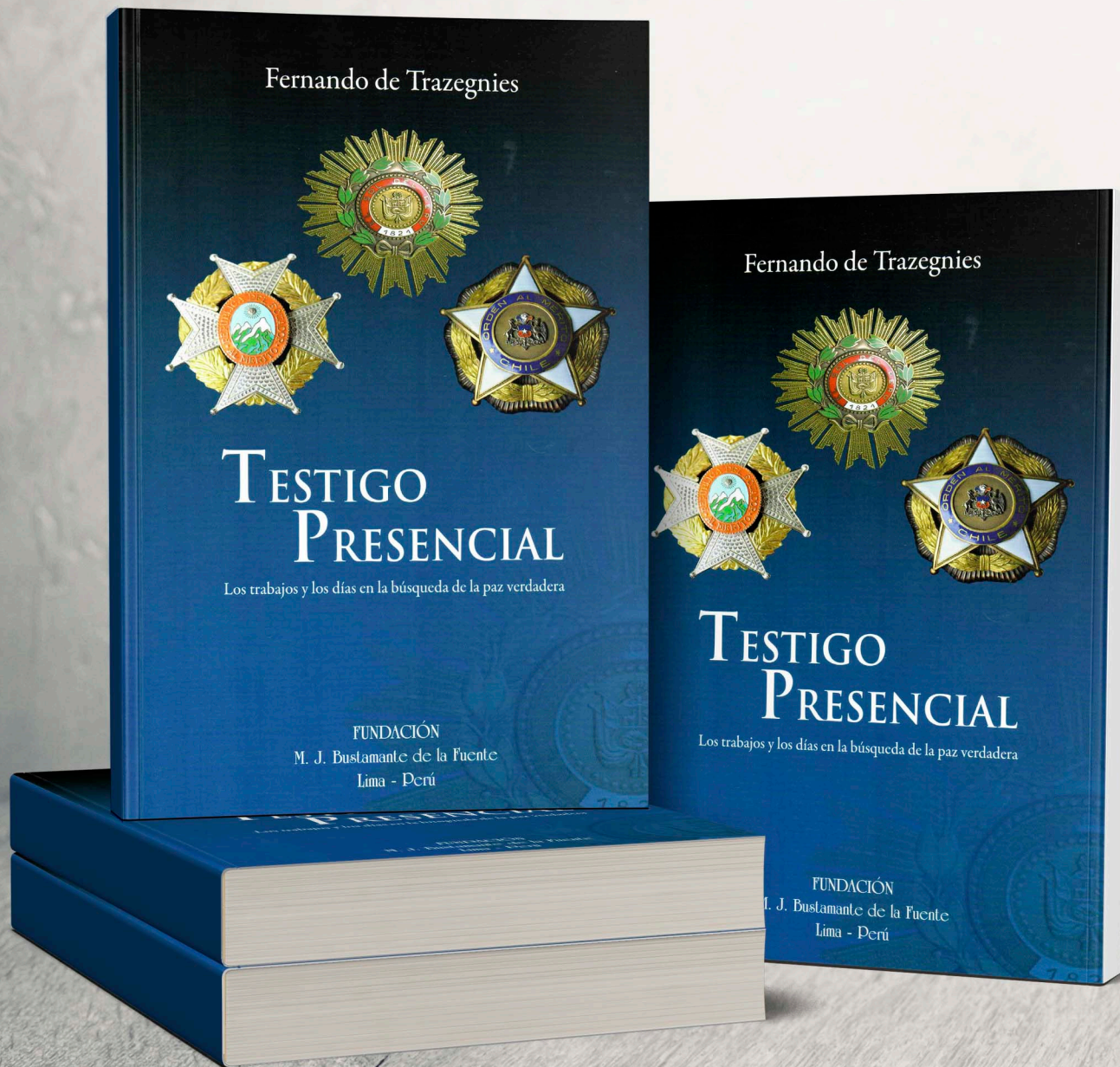
Como me habían asignado a esa oficina ubicada en medio de las obras de restauración de Torre Tagle, paseé algunas veces por la casona, admiré los trabajos que estaban haciendo e incluso conversaba de tanto en tanto con el arquitecto español encargado de la dirección. Era extraordinario ver cómo las viejas paredes, de adobe en el primer piso y de quincha¹ en el segundo, eran transformadas en muros modernos de concreto armado, sin perder su sabor y su autenticidad histórica. El arquitecto –cuyo nombre no recuerdo, pero me parece que era catalán– cuidó mucho de que todo el aspecto estructural fuera moderno pero todo el aspecto externo y estético conservara absolutamente su encanto de época. Una cosa extraordinaria fue la sustitución de los azulejos dañados. Aparentemente, no habría más remedio que fabricar nuevos azulejos para completar las partes deterioradas, que eran muchas. Pero, ¿dónde hacerlo? Pues alguien encontró entre los archivos de Torre Tagle la indicación de que esos azulejos habían sido hechos en Sevilla en el S. XVIII en una determinada casa. El arquitecto a cargo de la obra viajó a España y pudo comprobar que no solamente esa casa todavía existía sino que incluso conservaba los moldes antiguos. En esta forma se pudo reponer el enlucido del segundo patio con azulejos modernos, pero hechos en la misma fábrica y con el mismo molde de los originales.

Mi experiencia en Cancillería se frustró en esa oportunidad porque la ley había impuesto ya –acertadamente– que para ingresar a la carrera diplomática se requería dos años de estudios en la Academia Diplomática.

1 Caña con barro.

Lamentablemente, la Academia había cerrado temporalmente cuando ingresé como empleado del Ministerio y no fue reabierto después que culminé mi último año de la Facultad de Derecho. Para ese entonces, había tomado mucha afición al Derecho privado y, por otra parte, estaba casi de novio y me quería casar. En estas circunstancias, no podía esperar un año más para que se abriera la Academia, dos años adicionales de cursos en ella (si efectivamente se abría) y otro año —cuando menos— para ser enviado al exterior y estar en aptitud económica de contraer matrimonio. Preferí abandonar el Ministerio y dedicarme a la profesión de abogado, sin imaginar que algún día regresaría a esta Casa en otras circunstancias.

Todo esto lo pensaba cuando subía esas escaleras majestuosas del Palacio de Torre Tagle esa mañana de sábado para encontrarme con el Ministro Ferrero. Levanté la cabeza y vi el escudo de los Tagle en el cielo raso, con la inscripción: "*Tagle es quien a la sierpe mató y con la princesa se casó*". Todos debemos matar una sierpe para tener derecho a casarnos con una princesa. Pero no pensé entonces que la sierpe mía era la desconfianza recíproca entre el Perú y el Ecuador y que la princesa sería la paz definitiva entre estos países entrañables.



OFERTA
S/-108
LIBRO IMPRESO



**ENTREGA A DOMICILIO
O LUGARES CÉNTRICOS**

PEDIDOS:

993 258 125

944 787 051

info@acuedi.org